

Copyright © 2012. Bonum. All rights reserved

RENÉ J. TROSSERO

APRENDER A VIVIR



Aprender a vivir

René Juan Trossero

Aprender a vivir

Copyright © 2012. Bonum. All rights reserved



Trossero, René

Aprender a vivir. - 5.^a ed. - Buenos Aires : Bonum, 2012.
80 p. ; 21x15 cm.- (Imágenes)

ISBN 978-950-507-676-5

1. Autoayuda I. Título
CDD 158.1

Primer edición: noviembre de 2003

Quinta edición: agosto de 2012

Diagramación de tapa e interior: Panorama

© Editorial Bonum, 2012

Av. Corrientes 6687 (C1427BPE)

Buenos Aires - Argentina

Tel./Fax: (5411) 4554-1414

ventas@editorialbonum.com.ar

www.editorialbonum.com.ar

Queda hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o en cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes 11.723 y 25.446.

Impreso en Argentina

Es industria argentina

*No está mal que aprendas a vivir
alimentándote, descansando,
cuidando tu salud
y curándote de tus enfermedades,
para durar y no morir.
Pero hasta aquí
no te diferencias
del gato y del canario,
que tienes en tu casa.
Para ti, APRENDER A VIVIR
es mucho más que aprender a durar,
es madurar como persona,
creciendo en humanidad.
¿Sabes en qué consiste?*



Prospecto

Cuando te recetan un medicamento,
lees el prospecto con las indicaciones pertinentes.
Las librerías son como farmacias
para la salud del espíritu,
y estas páginas
son como un medicamento
para favorecer tu crecimiento
como persona.

Contenido: Reflexiones y sugerencias, con propuesta de valores éticos, para favorecer tu crecimiento en humanidad.

Dosis: Se recomienda la lectura de una página por día, hecha pausadamente, con el fin de que la reflexión personal favorezca la asimilación de lo leído.

Contraindicaciones: No se recomienda la lectura de estas páginas a las persona que se creen perfectas, a las que se conforman con durar, y a las que, por padecer claustrofobia, no toleran la vivencia de bajar a lo profundo de su interioridad.

Efectos colaterales: En la dosis recomendada no se han manifestado. En algunos casos de sobredosis se dieron síntomas de aburrimiento.

¿Lo de la página anterior te parece poco serio?
APRENDER A VIVIR
supone y exige alcanzar
la capacidad de reír,
para expresar el buen humor.



Aprender a vivir

La vida que tienes es un don, un regalo. La recibiste sin esperarla y sin pedirla. Pero la vida es al mismo tiempo una tarea, un compromiso y una responsabilidad.

Desde tu nacimiento hasta tu muerte estás ante el desafío de APRENDER A VIVIR. Sí. APRENDER A VIVIR es la tarea más urgente, aunque lamentablemente sea la que más descuidamos u olvidamos.

Damos por supuesto que la vida se nos ofrece como un todo ya logrado, como un bien listo para ser consumido, cuando la realidad es muy distinta, porque nacemos sin saber vivir y debemos aprenderlo, o morimos sin haberlo aprendido.

La persona humana (la humanidad) no es una meta alcanzada, sino una posibilidad ofrecida. Por eso hablamos de lo “más humano”, “menos humano”, “inhumano”. Tú naciste con el desafío de crecer en humanidad, encarando la tarea de “humanizarte”.

La presión cultural que te rodea no te favorece, porque te invita a que encauces tus energías tras la meta de APRENDER A HACER, A TENER, A SABER, A PARECER, A GOZAR DEL PLACER.

Más de una vez oíste decir que tal colegio o tal universidad tienen un “muy buen nivel académico”. Con esto se está afirmando que se logró el objetivo de la tarea educativa. Pero, ¿cuál objetivo? Porque queda cla-

ro que se trata de alcanzar la meta de personas que retienen buen caudal de conocimientos, y adquieren la capacidad de realizar con eficiencia determinada tarea, que puede consistir en curar a un enfermo, si se trata de un médico, o en diseñar y construir un edificio bello y confortable, en el caso de un arquitecto.

Pero te quedas sin saber si el exitoso profesional ha crecido como persona. Reconoces con justicia cuánto SABE y cuánto HACE, pero ignoras cómo ES. Te enteras de que aprendió a retener conocimientos y a ejercer un oficio o una profesión, pero sigues sin saber lo principal: SI APRENDIÓ A VIVIR.

Esto no significa desconocer el valor de los conocimientos y de las tareas como un aspecto importante del deber de SER, de APRENDER A VIVIR. Pero se trata de poner el centro de gravedad donde corresponde.

Seguramente oíste esta frase, dicha por padres a sus hijos: “Tienes que estudiar para TENER un título y “SER ALGUIEN” en la vida. ¿Adviertes el error? Con el título, que te habilita para un oficio o una profesión, te insertas social y laboralmente en el medio ambiente, adquieres tu identidad social, pero desconocemos tu identidad como persona, ignoramos si eres una persona madura o inmadura, responsable o irresponsable, justa o injusta. En resumen: nos enteramos de que APRENDISTE UN OFICIO O UNA PROFESIÓN, pero seguimos sin saber SI APRENDISTE A VIVIR, a SER plena y maduramente la persona que eres.

Los animales aprenden a vivir como animales; tú debes aprender a vivir como persona.

Los animales aprenden a vivir programados por su instinto.

Tú debes aprender a vivir eligiendo con tu libertad.

Para los animales aprender a vivir es aprender a durar. Para el hombre no es meta durar más tiempo sino vivir más y mejor como persona.

Todos los animales son igualmente animales.

No todas las personas eligen ser igualmente humanas.

Los animales aprenden a vivir conservando su existencia individual y multiplicándose como especie.

Los hombres, además de esto, que comparten con los animales, deben aprender a crecer como personas.

Muchas personas ponen lo instintivo al servicio de lo humano, y muchas otras ponen lo humano al servicio de lo instintivo.

El hombre es el único animal que tiene la capacidad y afronta el desafío de elegirse a sí mismo, decidiendo su modo de vivir como persona.

Nuestra cultura de posesión, consumo y apariencia pone el centro de gravedad en la elección de una ta-

rea, un oficio o una profesión, cuando el centro de gravedad debe ser puesto en la elección de qué persona se quiere ser.

Creo que los hombres aprendemos a vivir como personas en la medida en que vivimos libremente.

Creo que el grado de libertad logrado, se mide por el grado de amor alcanzado.

Y creo que el amor se constata en nuestro modo de vivir todos los valores éticos, en la convivencia fraternal.

¡Me duele decirlo! Pero si esto que creo y pienso es verdad, mirando nuestra actual convivencia, llego a la conclusión de que en la escuela de la vida, estamos cursando los primeros años.



Aprender a sufrir

Aprender a vivir exige aprender a sufrir.
Desde el nacer hasta el morir, con sus dolores y sus penas, todo el camino de la vida estará jalonado por el sufrimiento.

Dolores y penas son tus amigos.
No los maldigas.
No los desoigas.
Si el dolor no sonara como una alarma en tu cuerpo, la enfermedad avanzaría hasta matarte.
Agradécele el favor de despertarte en momentos inoportunos, para anunciarte que el enemigo te ataca, sorprendiéndote en un descuido.
Bendice la pena, porque viene para estar contigo y acompañarte, cuando un hecho desgraciado hiere tu alma.
No te ofendas, entonces, con tus penas y dolores.
¡Déjalos que te acompañen en el camino, como una luz roja en el tablero de tu vida, cuando luchas por tu salud, para vencer la enfermedad, y cuando vas en pos de la alegría,

para superar la situación que te aflige.
¡Dolor y pena son tus amigos!
¡No los maldigas!
¡No los desoigas!
Acepta su compañía
mientras necesitas sus servicios,
pero no los retengas a tu lado
más de lo necesario.

Recuérdalo bien:
mientras no hayas aprendido a sufrir,
no aprendiste a vivir.
Si no aprendes a sufrir
sufrirás mucho más.
Compréndeme bien:
¡si no aprendes a perder,
perderás mucho más!
Porque en la vida tienes libertad
para elegir muchas veces,
pero no dispones de libertad para elegir
todo lo que te sucede.
Sí tienes libertad para decidir
cómo reaccionar frente a lo que te pasa.
¿Comprendes?
No puedes elegir evitar una enfermedad.
Pero sí puedes elegir encararla
con buen ánimo y buen humor,
para dañarte menos.

Y también puedes elegir destruirte,
con el desaliento y el pesimismo.

Cuando te veo sufrir
quisiera estar a tu lado
con el poder de suprimir tus sufrimientos.
Pero como no me es posible,
te ofrezco mi cercanía
comprensiva y amistosa,
y espero a tu lado que tus penas y tus sufrimientos
sean como los dolores del parto
y del nacimiento de ti mismo.
Mira que todos estamos
como embarazados de nosotros mismos,
porque se gesta en nuestro interior
la persona madura que aún no somos,
y en medio del sufrimiento nos damos a luz,
creciendo y madurando.

En la escuela de la vida
el sufrimiento es uno de los maestros
más severos y exigentes;
pero si te esmeras en aprender sus lecciones,
verás que es de los más generosos
a la hora de evaluarte
y calificarte como persona.



Aprender a respetar

Respetar es mirar, ver reconocer, aceptar y valorar una realidad, respetar a una persona significa mirarla, verla, reconocerla, aceptarla y valorarla.

Hacemos una caricatura grotesca cuando priorizamos el valor del “personaje social” por sobre el valor de la persona.

El respeto es una exigencia y una expresión del amor. Por eso: ¡donde muere el respeto no sobrevive el amor!

Respétate, valórate a ti mismo y estímate, evitando las conductas que tu conciencia condena y por las que luego te reprocha.

Tú tienes siempre el derecho de ser respetado como persona, pero te expones a no ser respetado cuando adoptas conductas no respetables.

No confundas respeto con temor.
Con el poder y con actitudes autoritarias
logras ser temido;
sólo con amor y con una conducta respetable
despiertas actitudes de respeto.

Cuando no respetas a alguien,
desconociendo su dignidad como persona,
pierdes más tú que la persona despreciada.
Y cuando tus conductas no son respetables,
también pierdes tú y dejas de respetarte.

El juicio de los otros
sobre el valor de tus conductas,
no carece de valor,
pero lo fundamental para ti
es que tus conductas sean respetables
a los ojos de tu conciencia.



Aprender a perdonar

Como todos somos imperfectos, solamente con el perdón, que nos hace aceptarnos como somos, se hace posible el amor.

El perdón es una de las manifestaciones más profundas y auténticas del amor.

Perdonar al otro y perdonarte a ti mismo, es dar al hermano y a ti mismo la oportunidad de cambiar, de crecer y mejorar. No perdonar es condenar al otro o a ti mismo negando las posibilidades de cambiar.

Cuando no perdonas a tu hermano te distancias de él, y te hieres a ti mismo con sentimientos que te dañan.

Si eres creyente, sé sincero contigo mismo y reconoce que ni siquiera a Dios puedes amar sin perdonarlo. ¡No te espantes ni te escandalices! No te estoy

diciendo que debes perdonar a Dios porque Él te ofendió.

Estoy afirmando que tu limitación de criatura te hace imposible comprender y explicar el misterio de tu Dios, y así te resulta difícil (o imposible) aceptar que te ama en ciertas circunstancias... ¿Que esto te suena como una blasfemia? Mira, Jesús amaba a Dios y se sabía amado por Él, pero desde la cruz exclamó: “Padre mío, ¿por qué me abandonaste?”

Perdonarte a ti mismo no significa la aprobación de todas tus conductas, sino el reconocimiento de ser imperfecto y de hacer camino creciendo. ¿Estamos hablando de “aprender a vivir”? Y bien, si tienes que aprender se supone que no sabes hacerlo perfectamente. ¡Y lo que vale para ti vale para tus hermanos!



Aprender a esperar

Ser de tiempo y con futuro, el hombre tiene el derecho y el desafío de esperar.

Tu presente es siempre un puente sobre el que caminas dirigiéndote desde tu pasado a tu futuro, y la esperanza es la fuerza que te sostiene y la lámpara que ilumina tu camino.

Tu hoy es el paso entre tu ayer y tu mañana.

Tu “ahora”, tu único tiempo real, es siempre como un suspiro entre tu “antes” y tu “después”.

No confundas “espera” con “esperanza”, porque la espera es pasiva y resignada, y la esperanza es activa y comprometida. Con la espera se aguarda que algo suceda, con la esperanza se lucha para que algo acontezca.

La esperanza más honda y significativa para tu vida es la que te desafía a que mires más allá del tiempo...

¿Qué esperas para después de la muerte?

¿El trágico final de un camino sin meta, o el transbordo feliz hacia otra etapa?

Como para la persona humana vivir es convivir, tu esperanza debe alcanzar a los otros, tus hermanos.

¿Esperas con los otros? ¿Qué esperas de los otros y para los otros? ¿Cómo respondes a lo que los otros esperan de ti?



Aprender a servir

Naciste tan indefenso y necesitado,
que si no te hubieran amado,
prestándote los servicios que necesitabas,
te hubieras muerto.
Si ahora que creciste,
gracias a tantos servicios recibidos,
no aprendes a ser útil sirviendo,
te dañas a ti como persona
por no convivir amando.

La persona servicial muestra y vive su libertad
amando a sus hermanos;
la persona servil prostituye su libertad
sometiéndose a un amo.

Cuando eliges una tarea, un oficio o una profesión,
puedes hacerlo únicamente
para servirte de tus hermanos,
consiguiendo su dinero;
pero no está descartado que lo hagas
para conseguir lo que necesitas,
con la alegría de prestar un servicio
a tu prójimo.

Cuando descubres la alegría
de ser útil a los otros,
estarás dando un paso en el camino
de tu realización como persona.

Someter a esclavitud exigiendo un servicio,
destruye al sometedor y al sometido;
prestar un servicio, libremente
enriquece al servicial
y beneficia al que es servido.

¿Te enteraste de lo que dijo Jesús de Nazaret?:
“Yo vine para servir y no para ser servido”.



Aprender a morir

Aunque no lo adviertas,
tu modo de vivir depende de lo que esperas
para después de morir.
Por eso, aunque te suene extraño,
“aprender a vivir” exige “aprender a morir”.

Algunos se resignan
a que con su muerte
todo termine en la nada.
Los respeto,
pero no comparto con ellos su mirada,
porque no sabría para qué vivir.
Otros esperan “reencarnarse”
y se consuelan con la esperanza de seguir viviendo,
aunque sin conciencia de ser ellos mismos.
No comparto su creencia,
porque no me alivia el pensar
que con los escombros de mí mismo
harán otro edificio.
Muchos tratan de vivir
“como si” nunca fueran a morir,
para no afrontar el vacío
de los que se resignan a terminar en la nada,
ni afrontar el desafío

de los que se juegan por una esperanza.
Optan por vivir con la ilusión
de que nunca van a morir.

Si me cuentas que moriste
y que regresaste a la vida,
después de atravesar un misterioso túnel,
que te llevó al encuentro de maravillosas
experiencias,
te digo lo que pienso.
Primero: no tengo pruebas ciertas
de que realmente hayas muerto,
por eso sigo pensando que no moriste.
Segundo: te creo totalmente sincero,
cuando me relatas tu experiencia,
pero (como no creo que te hayas muerto)
no creo que responda a la visión de una realidad,
y pienso que es el fruto
de las fantasías y alucinaciones
de un moribundo,
que no acaba de morir.

Frente a la ineludible realidad de la muerte,
nos acercamos por tres caminos posibles:
la resignación fatalista
ante el final de todo en la nada,
la negación ilusoria

de quienes sueñan con no morir,
y cierran los ojos para no ver la realidad,
y la esperanza alentadora
de quienes caminan hacia una meta
esperando el transbordo hacia otra etapa.



Aprender a dar

No existirías si no te hubieran dado la vida,
gratuitamente, cuando no existías para pedirla.
Ahora que la tienes,
la perderás si no aprendes a darla.

Si todos nos hiciéramos pobres,
dando por amor lo que tenemos
a los que lo necesitan,
¡todos seríamos ricos!

No está mal que eduquemos
enseñando a conservar la vida,
pero nos iría mucho mejor
si también educáramos
enseñando a darla.

El día en que descubras por tu experiencia,
que la alegría de dar
es inmensamente superior
a la alegría de recibir y de tener,

habrás dado un gran paso
en el camino de tu crecimiento personal.

Será un gran día en tu vida, aquel en el que
descubras que cuando das gratuitamente,
con amor y por amor,
recibes mucho más de lo que entregas.

No te inscribas entre quienes
utilizan y ofenden a su prójimo necesitado,
porque le dan para ser buenos
y acumular méritos,
y no porque los aman.

Cuando no puedas dar
porque tienes tus bolsillos y tus manos vacíos,
recuerda que en el arca del corazón
se guarda un tesoro invaluable,
que se llama amor.



Aprender a pedir

Pedir es propio de tu condición de criatura limitada y necesitada.

No malgastes neciamente tiempo y energías, pidiendo y esperando lo que no pueden o no quieren darte.

No huyas del que te pide, porque pierdes la oportunidad de recibir, ya que el que te pide te ofrece la oportunidad de crecer como persona, dando con amor.

No detengas tu crecimiento esperando de los otros lo que no necesitas pedir, porque puedes dártelo tú mismo.

Evita caer en la soberbia, que te impide reconocer tus límites,

y te hace imposible pedir
lo que necesitas.

No sufras resentido,
cuando te parece que la indiferencia de los otros
hace que no adivinen lo que necesitas.
Pregúntate más bien
por qué no tienes la humildad de pedirlo.



Aprender a creer en Dios

¡Qué atrevimiento:
hablarte de Dios!
Sabemos tan poco sobre Él,
que todos nos permitimos pensar y decir lo nuestro,
sin que nadie pueda demostrar al otro
que es verdad lo que afirma.

¿Te escandaliza lo que te digo?
¡Te comprendo!
No pretendo modificar
tu modo de pensar y de creer;
sólo me interesaría ayudarte
a que mires la realidad con adultez.
¿Te enteraste de cuántas son las personas,
que afirman que Dios les habló?
¿Sabes que cada grupo dice haber recibido
un mensaje revelado
válido para toda la humanidad?

Si me dices que Dios no existe,
yo me siento en un mundo absurdo,
con una existencia sin sentido,
porque me veo en un camino,

sin saber de dónde vengo,
para qué camino
y hacia dónde voy.
Si afirmas que Dios existe
como causa y origen de mi vida,
y que me espera como meta
en el final del camino,
todo cobra sentido.
Pero me asalta un torbellino de preguntas
sin respuesta.
¿Por qué el dolor?
¿Por qué la maldad?
¿Por qué la muerte?

Si te estoy hablando sobre Dios,
no es para convencerte de que creas
o para que dejes de creer,
sino para confiarte
que yo no escribiría esta página
si no creyera en Dios,
de quien sé muy poco,
pero de quien creo que me ama y que te ama.
¡Y lo creo pese a todo!,
porque me lo dijeron personas que me amaron,
y porque conocí por mi experiencia
la mayor de las alegrías:
la de amar y ser amado.

Mientras te confieses creyente
porque crees lo que te dijeron,
seguirás teniendo la fe de un niño.
Cuando creas tú,
por tu propia convicción,
y pese a que otros crean lo contrario,
estarás comenzando a creer como adulto.

Cuando ya no puedas creer
ciertos dogmas, verdades o creencias,
no te espantes
pensando que estás perdiendo tu fe,
porque tal vez te estás acercando
a creer de verdad
y desnudamente en Dios.

Tu mejor profesión de fe
es la que manifiestas con tu vida,
y no la que proclamas
cuando recitas un credo.

Todos los que te aman
te muestran a Dios y te acercan a Él
sin nombrarlo;
y los que no te aman

ocultan a Dios aunque lo nombren.
¡Porque Dios es amor!

El hombre de nuestra cultura,
del progreso manifestado
en el consumo y el confort,
creyó posible prescindir de Dios.
Ahora, decepcionado y vacío,
parecería encaminarse de nuevo
hacia la búsqueda de Él.
Pero ponte en guardia,
porque es muy frecuente que lo busque
como un producto más,
en las góndolas del mercado,
para su consumo y su confort.

Por la fe la persona creyente
se compromete a vivir
conforme a la voluntad de Dios;
por la superstición
la persona pone a Dios
al servicio de sus intereses.

Nunca logré comprender
por qué algunas personas

combaten la “creencias” de los no cristianos
llamándolas supersticiones,
y aceptan las supersticiones de los bautizados
llamándolas “religiosidad popular”.

Muchas veces los que dicen:
“Yo creo en Dios
pero no practico ninguna religión”,
están más cerca de ser “creyentes”
que los “practicantes”.
Si dices: “Yo soy practicante”,
¿qué quieres decirme?
¿Qué practicas? ¿Para qué lo practicas?
¿Qué perderías si dejaras de practicarlo?
¿Qué consigues practicándolo?
¿A qué te comprometes
o qué cambia en tu vida
a raíz de lo que practicas?
¿O lo practicas para cambiarlo a Dios
y ponerlo a tu servicio?



Aprender a ser libre

¿Sabes en qué consiste ser libre?

“En poder elegir lo que me gusta”.

Hasta ahí no tienes más libertad que el perro,
cuando elige entre los huesos que le das
el que más le gusta.

“El no estar sometido a un amo”.

Y sigues sin superar al perro,
porque cuando el dueño lo suelta
queda suelto,
pero sigue sin ser libre.

Llenamos páginas
y organizamos manifestaciones
reclamando “libertad de prensa”,
“libertad de culto”, “libertad de conciencia”,
“libertad de enseñanza”, “libertad de asociación”,
“libertad de...”.

Y son reclamos justos,
pero no te engañes,
porque puedes lograr todas esas libertades,
y vivir y morir
sin haber conocido y ejercido
la libertad humana.

Así como puedes verte limitado

en el ejercicio de esas libertades,
sin por eso dejar de ser realmente libre.
Porque la verdadera libertad,
nadie puede quitártela
y nadie puede dártela.
Puedes vivir libre,
prisionero en una cárcel,
y puedes vivir sin libertad
después de que te excarcelaron.

La primera y fundamental decisión
para vivir como persona libre,
consiste en ejercer tu libertad
eligiendo qué persona quieres ser.

Si me dices que decidiste elegir
lo que Dios quiere de ti,
mientras no me muestras cómo te lo comunicó,
sospecharé que lo haces responsable a Él,
porque temes hacerte responsable de tu libertad.
De lo que no me caben dudas
y de lo que no necesito pruebas,
es de que Dios te quiere libre,
para que elijas qué hacer con tu vida.

Elegir y decidir precipitadamente,
sin analizar la situación,
es una conducta inmadura e irresponsable.
Postergar la decisión,
invirtiendo tiempo y energía
en una indecisión desmedida,
es una conducta desgastante.
Más vale retractarte
de una decisión tomada,
que paralizarte invirtiendo tu tiempo
en la indecisión.

Toda decisión compromete tu libertad en una elección,
y toda elección te enfrenta
con la necesidad de renunciar a lo que dejas,
a lo que no eliges.
Pregúntate si tu dificultad para decidir
no se debe a tu incapacidad de perder,
renunciando a lo que dejas
cuando eliges.

Cuando descubras de veras la libertad,
te darás cuenta de cuán poco libremente vives,
y aceptarás que no te alcanzará el tiempo de la vida,
para aprender a vivir libremente.

Cuando eras niño
hacías lo que se te ocurría y te gustaba,
pero no habías comenzado a ser libre.
La rebeldía de la adolescencia
fue como el “gateo”
en el proceso de aprender
a caminar en libertad.
Lástima que algunos nunca se rebelan
y viven su vida sometidos,
y otros se enamoran de la rebeldía
y “gatean” toda la vida,
sin caminar nunca libremente.
Porque hay dos modos
de renunciar a la propia libertad:
uno, sometiéndose a la voluntad ajena,
y el otro, oponiéndose.
Porque en ambos casos decides por el otro,
sometiéndote u oponiéndote,
y no decides lo tuyo por ti mismo,
más allá de que te aprueben
o te condenen,
te aplaudan o te reprochen.

Nadie puede quitarte la libertad que conquistaste,
y nadie puede darte
la libertad que no alcanzaste.
Es preferible vivir libre en una cárcel,
a vivir como “esclavo en libertad”.

El objetivo más grande para tu libertad,
y la medida más segura
para saber en qué grado la lograste,
es el amor.



Aprender a usar el dinero

Tú conoces lo que les sucede a muchas personas,
o que te pasa a ti mismo
con el uso del dinero.

En un primer paso
se lucha para conseguir lo necesario,
para vivir sana y decorosamente.

En un segundo paso
el esfuerzo se invierte
para lograr lo que se necesita
para acumular lo que ya sobra,
con la ilusión de llenar el vacío
que deja el no saber
para qué se vive decorosa y confortablemente.

¿Comprendes?

¡Con el dinero se compra
lo necesario para subsistir,
lo confortable para disfrutar,
pero no se compra
el sentido de la vida.

El sabio sobrelleva una pérdida de dinero,
antes que soportar una vida sin dignidad;
el necio no vacila en vender su dignidad,
para acrecentar la suma de su dinero.

El único dinero definitivamente tuyo
es el que ya no tienes,
porque lo usaste para ti
o se lo diste a tu hermano.
El que guardas en el banco
o en tu bolsillo,
aún no te sirvió para nada,
y pueden robártelo,
puedes perderlo,
o puedes morir sin llegar a utilizarlo.

Cuando inviertes tu dinero
para adquirir alimentos,
techo, ropas y remedios,
logras lo necesario para durar,
cuidando tu salud corporal.
Cuando das tu dinero
al hermano necesitado,
porque lo amas,
creces como persona
y cuidas tu salud espiritual.



Aprender a humanizar el sexo

Compartes el sexo con los animales.
En ellos el instinto lo regula
y lo pone al servicio de la vida.
En ti, sólo tu libertad madura
puede hacerlo una expresión del amor,
que se hace fecundo
al servicio de la vida.

Para algunos el sexo es tabú,
malo, prohibido,
fuente de pecado y de culpa;
para muchos el sexo es fuente de placer
sin otro fin y sin límites morales;
para otros el sexo es un camino
para expresar el amor
y multiplicar la vida.
¿Y para ti...?

No condenes el sexo como tabú,
como malo, prohibido y fuente de pecado;
no lo endioses como mito,
fuente de placeres instintivos
y sin límites;

míralo con realismo humano:
como fuente de placer y de alegría
para los que se abrazan con amor,
y como fuente y origen de la vida,
para los invitados a nacer
como personas,
como frutos del amor
y no de la pasión y del instinto.



Aprender a ser amable

Todas las personas,
por el solo hecho de serlo,
tienen el derecho y la necesidad
de ser amadas;
pero no todas las personas
facilitan la tarea a quienes deben amarlas,
siendo amables.

Si amas de verdad,
serás amable sin proponértelo;
si no amas a tu prójimo
no serás fácilmente amable,
aunque te lo propongas.
No confundas la amabilidad,
resultante de tu amor al otro,
con la hipocresía de aparentar
lo que no sientes.

Si no te valoras, no te estimas
y no te amas a ti mismo,
no te crearás merecedor del amor de los otros,
y se te hará imposible
presentarte como amable.

Más aún,
cuando alguien se acerque para expresarte su amor,
es muy posible que no lo registres
o que lo rechaces por creerlo falso.

¿Sabes que ser amable
es una actitud de amor hacia el otro?
Porque el otro tiene el deber
y la necesidad de amarte,
para realizarse como persona,
y, al ser amable,
tú le facilitas el camino.



Aprender a ser creyente cristiano

¡Perdona mi atrevimiento! No creas que pretendo sentar cátedra en un terreno tan difícil y misterioso.

Además, deja de lado esta página si tu camino religioso va por otros rumbos, no cristianos.

Yo sólo quiero compartir contigo una experiencia que marca profunda y positivamente mi vida.

No te haces creyente cristiano
discípulo de Jesús de Nazaret
porque recitas un credo,
compuesto por afirmaciones
que no entiendes o no crees,
y que no modifican tu vida.

Te conviertes en creyente cristiano
cuando crees en el Dios que anunció Jesús,
y te comprometes con Él a vivir
una relación de hijo con el Padre.

No te haces creyente cristiano
porque te sometes a la letra,
y cumples con lo mandado
por mandamientos, leyes y preceptos.

Te conviertes en creyente cristiano
cuando cumples todo lo mandado

y vives todos los valores morales,
porque amas a tus hermanos
en la convivencia fraternal.

No te haces creyente cristiano
porque practicas por obligación
ritos culturales religiosos,
pensando que Dios los necesita
o para conseguir sus favores.

Te conviertes en creyente cristiano
cuando te vales de gestos religiosos
para expresar tu fe,
para proclamar tu esperanza
y para comprometer tu amor,
y así vivir el mensaje
de Jesús en su Evangelio.

No te haces creyente cristiano
porque “practicas una religión”:
recitando los dogmas de su credo,
practicando los ritos de su culto
y cumpliendo las leyes de su moral.

Te conviertes en creyente cristiano,
cuando te encuentras con Jesús de Nazaret,
y tu fe cambia radicalmente tu vida:
centrándola en el tiempo,
en la alegría de amar a Dios y a tus hermanos
y de sentirte amado por ellos,
y abriéndola para después de la muerte,
a la esperanza de vivir para siempre
la felicidad de amar y de ser amado.

Jesús de Nazaret

se mostró muy poco promotor de “la religión”,
mientras fue un ferviente promotor de la fe.

Jesús dijo al ciego: “Vete. Tu fe te ha salvado”. (Mc. 10,52)

Entonces Jesús dijo (a la mujer cananea): “Mujer, tienes una
gran fe. ¡Que se cumpla tu deseo!” (Mt. 15,28)

“El que cree en el Hijo tiene vida eterna”. (Jn 3,36)

Y mucho más sobre la fe.

Sobre la religión, te dejo como muestra:

La mujer (samaritana) le dijo: “Nuestros padres adoraron
en esta montaña, y ustedes dicen que es en Jerusalén
donde se debe adorar”.

Jesús le respondió:

“Créeme, mujer, llega la hora

en que ni en esta montaña ni en Jerusalén

se adorará al Padre... Pero la hora se acerca,

y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores

adorarán al Padre en espíritu y en verdad...” (Jn. 4, 21-23)

“Conviene que comprendan qué significa aquella palabra:

“Prefiero la misericordia a los sacrificios”. (Mt. 9, 13)

El escriba le dijo: “Muy bien, Maestro, tienes razón al decir

que hay un solo Dios y no hay otro más que Él, y que amarlo

con todo el corazón y con todas las fuerzas,

y amar al prójimo como a sí mismo, vale más que

todos los holocaustos y todos los sacrificios”. (Mc. 12, 32-33)



Aprender a orar

Si eres creyente en Dios,
seguramente habrás sentido el deseo
y el desafío de comunicarte con Él.
Permíteme sugerirte
que no dejes de intentarlo.
Y acepta que como todo aporte mío
te entregue esta:

Oración para cuando no se puede rezar

SEÑOR DIOS:

Cuando admiro la belleza de una flor,
cuando me asombra el espectáculo
del amanecer,
cuando mis ojos se extasían
ante las acrobacias de una golondrina en vuelo;
aunque no pienso en ti,
te estoy CONTEMPLANDO.

Cuando, ante la inmensidad del mar,
la majestuosidad de las montañas
y la infinitud incontable de las estrellas,
experimento mi pequeñez de criatura;
aunque no pienso en ti,
te estoy ADORANDO.

Cuando el dolor, las penas y la muerte,
propios y ajenos,
me enfrentan con mis limitaciones
y mis impotencias;
aunque no pienso en ti,
te estoy NECESITANDO.

Cuando peregrino sobre la tierra,
con los sentimientos de un niño extraviado,
en la búsqueda del hogar perdido;
aunque no pienso en ti,
te estoy BUSCANDO.

Cuando me estremezco
ante el estampido de un trueno,
cuando me deleita
el armonioso canto de los pájaros,
cuando me conmuevo al escuchar con ternura
la confianza de un hermano;
aunque no pienso en ti,
te estoy ESCUCHANDO.

Cuando, prisionero de los límites del tiempo
y del estrecho abrazo del espacio,
siento la sed y el hambre
de lo eterno y lo infinito;
aunque no pienso en ti,
te estoy ENCONTRANDO.

Cuando me aproximo con amor
a mis hermanos,
y experimento la mayor de las alegrías:
la de amar y de ser amado;
aunque no pienso en ti,

te estoy AMANDO y SIENTO
QUE ME AMAS.

Cuando me alejo de todo y de todos,
y decido pensar en ti,
para encontrarte,
comienzo a dudar de mí,
porque no sé si me acerco al puerto
donde me esperas,
o si me alejo de ti
navegando a la deriva
sobre el mar de mis fantasías.



Aprender a reír

Compréndeme bien: no se trata de aprender el gesto de la risa, sino de la alegría. Porque el gesto sin el sentimiento es una mueca.

Desde lo hondo de nuestro ser deseamos la alegría, la felicidad, estar contentos. No nos lo propusimos, surge desde lo más profundo de nuestro ser. Y si es así debe haber un camino que conduzca a esa meta. El desafío consiste en encontrarlo y recorrerlo.

Puede parecerte extraño que te proponga “aprender a vivir contento”, como una meta que depende de tu libertad. Pero si lo piensas bien, verás que te estoy señalando algo cierto.

Porque vivir contento o triste no es necesariamente el resultado o la consecuencia de lo que te sucede, únicamente.

No es sólo “lo que te pasa”, lo que te alegra o entristece, sino “tu modo de reaccionar ante lo que te sucede”, tu respuesta “a lo que te pasa”.

Para no caer en un subjetivismo utópico es necesario reconocer que los estímulos que te golpean, unos provocan alegría y otros promueven la tristeza. No es

lo mismo ser testigo del nacimiento de un hijo que de la muerte de tu padre.

Pero esto no anula lo dicho anteriormente, porque frente a la muerte uno se desespera en el dolor y el otro se consuela y alienta en la esperanza.

Cuando hayas madurado en la experiencia y en el camino de la vida, constatarás que las mayores penas y las más grandes alegrías, son resultado de tu convivencia, de lo que sucede en y con tus relaciones.

¿Conoces una alegría mayor que la de amar y de ser amado?

Si de veras buscamos para nosotros la alegría, es bueno preguntarnos: ¿por qué tantas veces causamos tristezas a nuestros hermanos?

Las alegrías más grandes que logras en el camino del tiempo, se empañan si no las vives con la esperanza de una felicidad alcanzada después de la muerte.

Cuando aprendas a alegrarte haciendo felices a los otros, estarás en el camino más seguro para alcanzar tu propia alegría.

No confundas alegría con placeres. Los animales disfrutan del placer, pero desconocen la alegría. Y muchas veces en la vida las alegrías más grandes se alcanzan pagando el precio de renunciar a un placer. ¿Quieres un ejemplo? Puedo conocer la alegría de ver a un hermano pobre comiendo, renunciando al placer de comer mi plato de comida. ¿Quieres otro? El varón que vive la alegría de un amor vivido en la fidelidad para con su esposa, pagó el precio de renunciar a muchos placeres.



Aprender a dialogar

“Dia-logos”, palabra griega que significa: “a través de la palabra”. Diálogo es el puente sobre el que pasamos para encontrarnos, un puente que une dos orillas: la de tu intimidad con la mía.

Desafiados a crecer como personas en la convivencia, aprender a dialogar es un paso fundamental en el camino para aprender a vivir.

Dialogar exige hablar, decir, expresar, salir al encuentro del otro, mostrar lo que piensas, lo que sientes, lo que quieres.

Y esto requiere de quien te oye la capacidad de escucharte, para recibir lo que piensas, lo que sientes, lo que quieres.

Escuchar es la exigencia fundamental y más difícil del diálogo. Pero no confundas escuchar con oír. Si no eres sordo oyes todo lo que te dicen, pero puedes ensordecer tu corazón y no escuchar nada de lo que te comunican.

Quiero que me comprendas.

Si me llamas telefónicamente y me dices: “Este libro suyo me aburre”. Como no soy sordo oí tu mensaje, tus palabras, pero al mismo tiempo oí mi voz interior, mi reacción.

Si te respondo: “A mí tu opinión no me interesa... etc.”, y corto, te oí pero no te escuché.

Si en cambio te respondo: “Así que mi escrito no te gusta, se te hace pesado. Tal vez no estás de acuerdo conmigo... etc.”, te estoy escuchando a ti.

—¡Callar! Condición para escuchar, exigencia fundamental del diálogo. Y también condición para hablar desde lo hondo.

Sólo en el seno del silencio se engendran las palabras preñadas de sentido; y sólo en el silencio se escuchan y se hacen fecundas las palabras oídas.

Aprender a hablar nos lleva un tiempo, para aprender a escuchar no nos alcanza el tiempo de la vida.

Cuando compartimos un dolor profundo o una alegría desbordante, sin encontrar palabras para expresarlos, es cuando nos damos cuenta de la capacidad expresiva del silencio.

Sólo en el silencio aprendes a dialogar contigo, escuchándote desde lo hondo de ti mismo; y aunque esto parecería alejarte de tu prójimo, te capacita para encontrarte con la intimidad del otro.

Nuestra cultura del ruido incesante y de las voces que no callan, nos aturde y nos aliena en un doble desencuentro, porque nos aleja de nuestra interioridad y nos distancia de la intimidad del otro.



Aprender a ser solidario

Como vivir es convivir, compartir la vida con los otros, lo que le sucede a tu prójimo también te sucede a ti, en alguna medida te llega, te afecta. Y esto es progresivamente más cierto en un mundo aceleradamente globalizado.

Esto es una “solidaridad objetiva”, un compartir la misma suerte con tus hermanos.

Y esto posibilita y desafía la “solidaridad subjetiva”, la virtud de la solidaridad, si quieres llamarla así.

Te lo explico de este modo.

Supongamos que viajas en un barco con mil pasajeros. Tú duermes en una habitación que está en la parte superior del barco. En medio de la noche oyes gritar: “El barco se hunde”.

Tus compañeros de viaje de los pisos inferiores luchan para sacar el agua y reparar las averías de la nave.

Tú no ves las averías ni te mojan las aguas, pero estás en el mismo barco y terminarás hundiéndote con todos. Esto es lo que llamo “solidaridad objetiva”, correr la misma suerte que los otros.

Si a ti te dicen que el barco no se hundirá, y te echas a dormir, no tienes la virtud de la solidaridad; si de todos modos corres escaleras abajo para colaborar, vives la “solidaridad subjetiva”.

Ser solidario es amar a tus hermanos, tendiéndoles una mano en sus necesidades, compartiéndolas como si fueran tuyas.

Cuando te sientes solidario con tu hermano pobre y le das un pan, recibes mucho más de lo que das. Más allá de la alegría de ver a tu hermano contento y agradecido, así él no te mostrara su gratitud, tú te enriqueces y beneficias como persona, creciendo en el amor.

En la medida en que no vivas la alegría de verte solidario, sobrellevarás el pesar de sentirte solitario.



Aprender a agradecer

Cuando con tus palabras dices: “Gracias”, ante el gesto de un hermano que te tendió una mano o te hizo un favor, muestras un gesto de nobleza de tu corazón.

La gratitud ennoblece al agradecido y gratifica a quien recibe el agradecimiento.

Nunca decir: “Gracias”, parece ser una actitud que encierra y esconde un trasfondo de autosuficiencia y de orgullo enfermizos.

Cuando agradeces le ofreces a tu benefactor la oportunidad de vivir con alegría tu gratitud, que reconoce el valor de su gesto, y lo alientas porque crees en su generosidad.

Cuando tu prójimo te responde con la ingratitud, no dejes que su gesto te hiera más de la medida, y te dañe disminuyendo tu amor y tu generosidad.

Decir: “Muchas gracias”, es una expresión de humildad, con la que reconoces que no eres perfecto ni omnipotente, y que necesitas del otro.



Aprender a crecer equivocándote

Si aceptas el desafío de “aprender a vivir”, estás aceptando y confesando que no sabes vivir perfectamente.

Y esto significa que en el camino del aprendizaje debes aprender a equivocarte sin condenarte.

Proponerte “aprender a vivir” expresa tu sincera confesión de que no eres una obra concluida, sino un proyecto en marcha.

En otras palabras, aceptas que no eres perfecto, y esto te hace comprensivo contigo y con tu prójimo.

No te dañes confundiendo el propósito de “aprender a vivir”, con la obligación de ser perfecto.

El tender hacia una perfección que no tienes, y que nunca alcanzarás del todo, le da sentido al camino de tu vida.

Exigirte hoy la perfección que no tienes es un camino a la tortura y a la locura.

Cuando en tu propósito de “aprender a vivir” tropieces con tus límites y tus imperfecciones, evita dos extremos. No seas incoherente aprobando tus conductas erróneas. Ni te cargues los bolsillos del alma con adoquines de culpa, que impiden caminar. Compréndete, perdónate y proponte continuar el camino con buen ánimo.



Aprender a convivir con amor

Aprender a vivir es aprender a convivir.
Nos humanizamos conviviendo.

Educar es enseñar a vivir conviviendo con amor.

La familia es una escuela de humanidad,
porque es una escuela para la convivencia.

Tú eres como convives,
y al final del camino de tu vida
serás el resultado
de tus relaciones en la convivencia.

Tu fe en Dios no se mide
por el número de dogmas
que recitas en tu credo,
por los ritos que practicas,
ni por las leyes que cumples,
sino por el amor con que convives
con tus hermanos.

Porque vivir es convivir:
cuando amas a tu hermano,
te amas a ti mismo;
cuando lo ignoras,
te olvidas de ti mismo;
cuando lo odias,
te destruyes a ti mismo;
cuando lo lastimas
te hieres a ti mismo;
cuando intimas con él,
te descubres a ti mismo;
cuando lo matas,
te suicidas.

La abeja sólo vive como abeja,
conviviendo en el colmenar;
tú sólo vives como persona,
conviviendo en y con la humanidad.

Si no fuera porque tu vida
consiste en tu convivencia,
no se explicarían tu pena y tu tristeza,
cuando sufres las despedidas
de los que se alejan o se mueren.

Cuando hayas aceptado
que vivir humanamente es convivir,
mirarás a tu prójimo con otros ojos,
porque verás en cada humano,
una oportunidad para que tú y él
se realicen como personas,
en la convivencia.



Conclusión

En realidad, siendo honesto conmigo y sincero contigo, yo debo reconocer que podría haberte ahorrado la lectura de todo este libro, entregándote sólo la página sobre la convivencia en él. Porque si prestas atención, todo lo que te propuse como objetivo de tu aprendizaje, es una exigencia y una expresión de la convivencia con amor: amor a ti mismo y amor a tu prójimo. Recorre los títulos de los capítulos y constatarás que esto es cierto, porque si amas, si convives amando: respetas, perdonas, dialogas, sirves, pides y das... etcétera.

Y, si me permites un párrafo más, como te hablé de aprender a creer en Dios y aprender a ser creyente cristiano, quisiera cerrar estas páginas diciéndote que yo creo que éste es el mensaje fundamental, con el que Jesús de Nazaret nos propuso vivir humanamente con autenticidad.

Dijo que nos dejaba un mandamiento: “Amar al prójimo como a ti mismo”; dijo que “en esto seríamos reconocidos como

discípulos suyos, en que nos amáramos
como Él nos amó...”

Y dejó como resultado de su vida,
de sus enseñanzas y de su muerte:

UNA COMUNIDAD DE PERSONAS
QUE TRATABAN DE AMARSE
COMO HERMANOS.

Para comunicarse con el autor escriba a
renejuan@fullzero.com.ar
renejuan@fibertel.com.ar



Índice

Prospecto	9
Aprender a vivir	11
Aprender a sufrir.....	15
Aprender a respetar	18
Aprender a perdonar	20
Aprender a esperar	22
Aprender a servir	24
Aprender a morir	26
Aprender a dar.....	29
Aprender a pedir.....	31
Aprender a creer en Dios	33
Aprender a ser libre.....	38
Aprender a usar el dinero.....	43
Aprender a humanizar el sexo	45
Aprender a ser amable.....	47

Aprender a ser creyente cristiano	49
Aprender a orar.....	52
Aprender a reír.....	55
Aprender a dialogar	58
Aprender a ser solidario	61
Aprender a agradecer	63
Aprender a crecer equivocándote	65
Aprender a convivir con amor	67
Conclusión	70

Otras obras del autor

Colección Imágenes

- No te mueras con tus muertos*, 4.^a edición especial
No te mueras con tus muertos, 50.^a edición
Siembra para ser tú mismo, 26.^a edición
Pensar y vivir en libertad, 15.^a edición
Decálogo para vivir bien en tiempos malos, 18.^a edición
Como luces en tu camino, 12.^a edición
No dejes de vivir aunque tengas que sufrir, 17.^a edición
Remansos para seguir andando, 11.^a edición
Fábulas y cuentos, 10.^a edición
El camino del noviazgo, 7.^a edición
No naufragues en el mar de la enfermedad y del dolor, 2.^a edición
Navidad: una fuente de alegría, 2.^a edición
Vive con tus muertos que viven, 14.^a edición
El sentido de la vida, 6.^a edición
La alegría de vivir en pareja, 7.^a edición
Kumelén, 3.^a edición
Búsquedas y confidencias, 4.^a edición
Fábulas y mensajes, 4.^a edición
La rebelión de Dios, 2.^a edición
La alegría de convivir amando, 2.^a edición
Como semillas arrojadas al viento, 2.^a edición
Educar y vivir educadamente, 2.^a edición
Hombre adentro, 9.^a edición
Palabras de aliento y esperanza, 4.^a edición
¿Y si nos amáramos?, 2.^a edición
Momentos de reflexión, 2.^a edición
Fábulas, cuentos y valores, 2.^a edición
100 frases, 2.^a edición
Queridos adolescentes, crezcan felices, 3.^a edición
Somos el resultado de nuestras relaciones, NOVEDAD
Fantasías y verdades, NOVEDAD
El arte de envejecer, NOVEDAD

Mensajes breves

Gracias por tu amistad, 17.^a edición

Amistad, ¡un tesoro!, 4.^a reedición

Carta para mamá, 11.^a edición

Carta para tus quince años, 10.^a edición

Carta a un hijo que murió, 5.^a edición

El Rosario, 3.^a edición

Augurios navideños, 7.^a edición

Cartas para el educador, 3.^a edición

Amarse como esposos, 3.^a edición

En tu cumpleaños te deseo, 3.^a edición

Para tus quince años, 10.^a edición

Para tí, docente educador, 3.^a edición

Oración para ser padres, 2.^a edición

Embarazo, 3.^a edición

Para comunicarse con el autor escriba a

renejuan@fibertel.com.ar

renejuan1@hotmail.com

Tirada: 200 ejemplares